

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES

XXII CONGRESO MUNDIAL DEL APOSTOLADO DEL MAR

TESTIGOS DE ESPERANZA EN UN AMBIENTE ECUMÉNICO E INTERRELIGIOSO

Mons. Felix A. Machado
Sub-Secretario, Consejo Pontificio
para el Dialogo Interreligioso

(Gdynia, Polonia, 26 de junio, 2007)

Introducción

Quisiera agradecer a S.Em. el Cardenal Renato Raffaele Martino, Presidente del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, y a S.E. el Secretario, Arzobispo Agostino Marchetto, la invitación a participar en este XXII Congreso Mundial del *Apostolatus Maris* (Apostolado del Mar).

Para comenzar, tengo que afirmar, sin lugar a dudas, que existe una diferencia fundamental entre los objetivos que da la Iglesia respecto al diálogo ecuménico, y los que conciernen al diálogo interreligioso. La Iglesia está comprometida en el diálogo ecuménico, es decir, el diálogo entre cristianos que pertenecen a distintas iglesias y comunidades eclesiales, con las palabras de Cristo, “*Ut unum sint*”: «De tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros. Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado» (Jn 17, 21). Mientras el diálogo ecuménico es un diálogo “*in veritatis*”, es decir, la comunión en la profesión de la fe, cuyo objetivo último es la restauración de la unidad que Cristo quiso entre sus discípulos, el diálogo interreligioso no se propone, ni debe nunca tender a borrar o minimizar las diferencias fundamentales que existen entre las distintas tradiciones religiosas, especialmente las importantes diferencias entre la fe cristiana y cualquier religión no cristiana. Teniendo esta verdad siempre presente, no hay que ignorar lo que tienen en común el cristianismo y otras religiones, en particular religiones como el judaísmo y el Islam, que creen en un único Dios, creador y juez de la humanidad.

Los dos diálogos, el ecuménico y el interreligioso, deben considerarse relacionados uno con otro: los cristianos tenemos que dar un testimonio común, en la medida en que es posible, a los pueblos que profesan otras religiones. El *Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el Ecumenismo* toma nota de este hecho. Y afirma: «En el mundo actual son cada vez más numerosos los contactos entre cristianos y personas de otras religiones. Estos contactos difieren radicalmente de los contactos entre Iglesias y Comunidades eclesiales cuya finalidad es restaurar la unidad querida por Cristo entre todos sus discípulos y que, con razón, son llamados ecuménicos. Pero en la práctica están profundamente influenciados por estos últimos, e influyen a su vez en las relaciones

ecuménicas, mediante las cuales los cristianos pueden profundizar en el grado de comunión que entre ellos existe y, por tanto, constituyen una parte importante de la cooperación ecuménica».

¿Cuál es, exactamente, el objetivo del diálogo interreligioso? Un documento del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso afirma lo siguiente: «El diálogo interreligioso no tiene como objetivo simplemente la comprensión mutua y las relaciones amistosas. Llega a un nivel mucho más profundo, que es el nivel del espíritu, en el que el intercambio y la participación consisten en un testimonio recíproco del propio credo y un descubrimiento común de las respectivas convicciones religiosas. Mediante el diálogo, los cristianos y todas las demás personas están invitados a profundizar su empeño religioso y a responder con sinceridad creciente a la llamada personal de Dios y al don gratuito que él hace de sí mismo».

El mundo se ha vuelto siempre más mutirreligioso. Quisiera reflexionar sobre la siguiente pregunta: ¿cómo debo vivir mi fe en Dios, como cristiano, en este mundo pluralista? Estoy profundamente convencido de que un testimonio común de los cristianos, siguiendo los principios y las normas del ecumenismo, hace que el amor de Dios en Cristo sea efectivo y creíble para todas y cada una de las personas humanas. En momentos en que algunos piensan que la situación multirreligiosa de nuestro mundo es parte del problema, los cristianos estamos llamados por la Iglesia a ser signos de esperanza y a manifestar al mundo que la situación multirreligiosa puede ser, de hecho, parte de la solución de muchos conflictos y violencias en el mundo. Mientras los profetas de catástrofes predicán el choque de las civilizaciones y de las culturas, los cristianos seguimos comprometiéndonos a promover la reconciliación, la paz y la armonía en medio del pluralismo religioso.

La Iglesia católica, con la “Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas”, *Nostra Aetate*, enseña a los fieles a establecer una relación constructiva, respetuosa y amistosa con los seguidores de otras religiones. *Nostra Aetate* fue promulgada el 28 de octubre, 1965. Antes de esa fecha, los expertos en religión, en particular los cristianos, leían y estudiaban las otras religiones; las relaciones eran cordiales entre las personas que profesaban distintas religiones. Lo que produjo un cambio, sin embargo, fue que, basándose en la verdad de la fe, *Nostra Aetate* despertó la conciencia, en los cristianos, de los motivos por los cuales se reunían, establecían relaciones y se encontraban con gentes de otras religiones. *Nostra Aetate* despertó en las personas la conciencia de lo característico de nuestro tiempo, es decir, que «en nuestra época, el género humano se une cada vez más estrechamente y aumentan los vínculos entre los diversos pueblos». Al examinar «con gran atención la relación de la Iglesia con las religiones no cristianas... y aún más, entre los pueblos», los cristianos se sienten animados a establecer un diálogo con sus respectivos seguidores. Es importante notar que *Nostra Aetate* estimula, ante todo, no tanto un **diálogo** entre las religiones, si con ello se entiende una discusión meramente cerebral y especulativa, sino que al ser un documento pastoral, la Declaración anima a que se establezcan **relaciones** auténticas, amistosas y constructivas entre las personas de distintas tradiciones religiosas.

Vamos, ahora a plantearnos otras preguntas: ¿ha cambiado el mapa del mundo religioso, desde la promulgación de *Nostra Aetate* hace cuarenta años? ¿Cuáles son los frutos que podemos recoger de *Nostra Aetate*? ¿Cuáles son las dificultades todavía por superar en nuestra relación con los seguidores de otras religiones? ¿Cuáles son los retos

que se presentan para el futuro? Antes de tratar de responder a estas preguntas, permítanme que les explique brevemente el motivo por el cual nosotros, como cristianos, debemos establecer un encuentro respetuoso, construyendo puentes de amistad entre las fronteras religiosas.

Dar testimonio del amor de Dios en un mundo pluralista desde el punto de vista religioso

El amor de Dios, manifiesto en Jesucristo, da una dirección decisiva a nuestra vida. El amor nos impulsa a salir de nosotros para ir al encuentro de los demás. El objetivo máximo de nuestra vida es compartir el amor de Dios con los demás. «(El amor) consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento... (pero) desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro, descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención... Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita» .

En el mundo actual, el simple testimonio de una vida auténticamente cristiana llega a ser el instrumento principal de la evangelización. En su Exhortación Apostólica, el Papa Pablo VI afirma: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio». Aún más, hay contextos en los que la proclamación explícita de Jesucristo, Señor y Salvador, no es posible. En esas circunstancias, el testimonio de una vida respetuosa y casta, el testimonio de desprendimiento de las riquezas, de libertad ante los poderes de este mundo, en una palabra, el testimonio de santidad, incluso si se hace en silencio, es ya una realización del deber de la misión.

Para que no se suponga erróneamente que dar testimonio significa asumir una actitud anónima, de ambigüedad, mediocridad o pasividad, tenemos que reflexionar sobre ese tema en el contexto del tiempo de los apóstoles. La palabra *martyrs*, que deriva del griego y significa “uno que da testimonio”, fue aplicada a fines del segundo siglo, y a principios del tercero, a los bautizados que daban testimonio de Cristo y de su enseñanza, ofreciendo su propia vida. Los Apóstoles dan testimonio de Cristo, de su pasión, muerte y resurrección, sacrificando su propia vida: «... Os entregarán a los tribunales, seréis azotados en las sinagogas y compareceréis ante gobernadores y reyes por mi causa para dar testimonio ante ellos» (Mc 13, 9; cf. Hch 22, 17-21).

Lejos de suponer una actitud de pasividad y debilidad, dar testimonio significa, por tanto, participar activamente y totalmente en la vida y misión de Cristo, tomándolo como modelo. Se necesita una fe firmemente arraigada en Jesús y un coraje inquebrantable para ser verdaderos testimonios de Cristo. Los mártires profesan su fe no sólo con las palabras, sino que la declaran, por encima de todo, imitando a Jesús, Señor y Maestro, en la entrega voluntaria de sus vidas.

Aunque para la mayoría de nosotros es difícil pensar en ser arrestados, procesados y condenados a muerte por nuestra fe y por practicarla como víctimas heroicas, tenemos, sin embargo, que ser testigos en el mundo actual, donde el mal se ha vuelto endémico e institucionalizado. Hoy día, el mundo está dominado por el ateísmo, el hedonismo, el materialismo, el relativismo, el indiferentismo, etc. Todos los bautizados están llamados a

responder a estos y a muchos otros retos, en primer lugar, siendo testigos. Concretamente, esto significa vivir en fidelidad a Dios en esta sociedad materialista, en la que con frecuencia se ridiculiza y se deja al margen a Dios y sus preceptos. Refiriéndose al supremo testimonio de amor a todos, imitando a Cristo, la *Lumen Gentium* exhorta a los cristianos: «Dios es caridad, y el que permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él (1Jn 4, 16). Y Dios difundió su caridad en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado (cf. Rom 5, 5). Por consiguiente, el principal, imprescindible don, es la caridad con que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Él» (n. 42).

En nuestra sociedad siempre más secularizada, en un mundo que es una compleja y diversificada realidad, es necesario insistir en el “testimonio”. Sin quitar valor al profundo significado teológico del martirio, el cristiano está llamado a dar testimonio, hoy, de caridad, alegría, tolerancia, amabilidad, bondad, confianza, dominio de sí mismo, perdón, reconciliación y paz (cf. Gal 5, 22). Un discípulo de Cristo no sea nunca causa de división, polémicas o controversias. Ni le tenga antipatía a nadie. Los cristianos eviten el espíritu de triunfalismo y de superioridad, y muestren un espíritu humilde delante de todos. El Papa Juan Pablo II exhorta: «Los seguidores de Cristo deben tener un corazón humilde y cordial como el del Maestro, nunca soberbio ni condescendiente, cuando participan en el diálogo con los demás (cf. Mt 11, 29)».

El testimonio cristiano a través de la promoción de la dignidad humana

Muchas personas, en el mundo, tienen que luchar para vivir una vida digna de un ser humano. Sean cuales fueren las causas de los orígenes de los conflictos sociales, como la creciente separación entre ricos y pobres, etc., la sociedad debe cambiar y mejorar, a la luz del Evangelio, y transformarse radicalmente para que el Reino de Dios se siga difundiendo.

Un cristiano debe preguntarse: ¿Cuál es mi relación con los pobres, los marginados, los oprimidos, los explotados, los que son tratados injustamente sin tener en cuenta su raza, religión y nacionalidad? La “Doctrina social de la Iglesia” se propone guiar el comportamiento de las personas y, por tanto, promueve el ‘compromiso en favor de la justicia’, de acuerdo con la función, la vocación y las circunstancias de cada uno.

Los cristianos, hoy, en colaboración con los seguidores de otras religiones, también pueden promover la dignidad humana, «...luchar en favor de los derechos humanos, proclamar las exigencias de la justicia y denunciar las injusticias, no sólo cuando son víctimas de ellas sus propios miembros, sino también independientemente de la pertenencia religiosa de las víctimas. Es imprescindible, además, que todos se asocien para resolver los grandes problemas que la sociedad y el mundo deben afrontar, así como para promover la educación en favor de la justicia y la paz».

El testimonio cristiano a través de la colaboración entre seguidores de distintas religiones

Fundándose en directrices claras, específicas y precisas, arraigadas en la enseñanza de *Nostra Aetate*, para la Iglesia católica, el diálogo interreligioso tiene un significado preciso. En la práctica, lo considera de distintos modos, es decir, como comunicación recíproca, actitud de mutuo respeto y amistad, acción común constructiva,

obediencia a la verdad que todo trasciende, y respeto a la libertad de conciencia.

A través del diálogo con los seguidores de otras tradiciones religiosas, los cristianos «trabajan para que los no cristianos sean rectamente conocidos y justamente estimados por los cristianos, y para que, a su vez, los no cristianos puedan conocer y estimar adecuadamente la doctrina y la vida cristiana».

La Iglesia católica enseña que el diálogo interreligioso es parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Por consiguiente, si por un lado anima a los cristianos a abrirse al diálogo con las personas de otras religiones y sus respectivas tradiciones, por el otro, pide a los cristianos que permanezcan arraigados inflexiblemente en la verdad esencial de la Fe. Y advierte que mientras más fiel permanezca el cristiano a su tradición – como leal discípulo de Jesucristo, Verbo encarnado y Salvador universal – sin doblegarse a compromisos en materia de fe, tanto más su diálogo llegará a ser auténtico y provechoso.

Aunque la Biblia no ofrece ninguna enseñanza definida sobre el diálogo interreligioso, es posible observar, especialmente en el Nuevo Testamento, que Jesús aprecia en el hombre la fe en Dios y la disposición para convertirse, incluso si pertenece a otra tradición religiosa. De hecho, lo que Jesús denuncia rotundamente es la práctica de la idolatría.

Según la fe de la Iglesia, «En Jesucristo se da la plena y completa revelación del misterio salvífico de Dios, mientras la comprensión del misterio infinito siempre se ha de evaluar y profundizar a la luz del Espíritu de la verdad que, en el tiempo de la Iglesia, nos guía “a la verdad completa” (Jn 16, 13)...(y) en conexión con la unicidad de la mediación salvífica de Cristo está la unicidad de la Iglesia que él fundó».

La parte cristiana en el diálogo tiene que permanecer siempre fiel a su profesión de fe. Por eso no debe sentirse superior a los demás, ni presentarse con un espíritu de triunfalismo a la otra parte. El cristiano no debe olvidar que «la *paridad*, que es un presupuesto del diálogo, se refiere a la igualdad de la dignidad personal de las partes, no a los contenidos doctrinales, ni mucho menos a Jesucristo – que es el mismo Dios hecho hombre – comparado con los fundadores de las otras religiones».

La Iglesia anima a todos los católicos a entrar en diálogo con las otras religiones, porque todo cristiano, en virtud de la fe y del bautismo, está llamado a realizar, en cierto grado, la misión de la Iglesia. Las necesidades de la situación, la posición particular del pueblo de Dios, y un carisma personal individual, hacen que el cristiano dirija sus esfuerzos principalmente hacia uno u otro aspecto de esa misión.

La experiencia de los años pasados da testimonio de los muchos modos con que se expresa el diálogo. Es posible identificar cuatro tipos de diálogo: 1) el diálogo de la vida – que supone interés, respeto y acogida hacia los demás; 2) el diálogo de la colaboración o de las obras – que llama a todo cristiano a trabajar con los demás, con objetivos humanitarios, sociales, económicos o políticos, para la liberación y el progreso de la humanidad; 3) el diálogo de los especialistas – que incluye la confrontación, la profundización y el enriquecimiento del respectivo patrimonio religioso; y 4) el diálogo de la experiencia religiosa – que implica la coparticipación de la propia experiencia de oración, de contemplación, de fe y responsabilidad, así como las propias expresiones y formas de búsqueda de lo Absoluto.

Según la Iglesia católica, el respeto de la dignidad humana es el fundamento del diálogo interreligioso. La Iglesia católica enseña que la persona humana ha sido creada

por Dios. Dios la creó a su imagen y semejanza. Y enseña, además, que Jesucristo, revelación plena y final de Dios, asumió la naturaleza humana para redimir a todos los seres humanos y ofreció su vida para salvarlos del pecado y de la muerte. La enseñanza católica, por consiguiente, afirma rotundamente la dignidad inviolable de la persona humana. Toda persona merece el mayor respeto por parte de todos, porque toda vida humana es sagrada. El Papa Benedicto XVI nos ilustra el tema de la dignidad humana con las siguientes palabras: «La vida de cada ser humano es sagrada... La dignidad de la persona y la defensa de los derechos que de tal dignidad se derivan deben ser el objetivo de todo proyecto social y de todo esfuerzo por llevarlo a cabo. Este es un mensaje confirmado de manera inconfundible por la voz suave pero clara de la conciencia. Un mensaje que se ha de escuchar; si cesara su eco en los corazones, el mundo estaría expuesto a las tinieblas de una nueva barbarie. Sólo se puede encontrar una base de entendimiento reconociendo la centralidad de la persona, superando eventuales contraposiciones culturales y neutralizando la fuerza destructora de las ideologías».

El llamamiento de la Iglesia al diálogo interreligioso no se debe entender como algo privado o meramente individual. Se trata de un compromiso de toda la Iglesia. Todos los cristianos, tanto individualmente como colectivamente, deben preocuparse por forjar relaciones con las personas que profesan otras religiones. El diálogo interreligioso es un proyecto común, una *diaconía*, un servicio que la Iglesia ofrece con amor por el bien de todos.

La promoción de la familia humana a través de las relaciones interreligiosas

Nostra Aetate hace hincapié en la unidad fundamental de la raza humana: «Todos los pueblos forman una comunidad, tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la faz de la tierra (cf. Hch 17, 26), y tienen también el mismo fin último, que es Dios» (NA, 1). La búsqueda de la unidad no es algo nuevo, y desde la publicación de *Nostra Aetate* han surgido varios grupos interreligiosos que afirman el deseo de unir a las gentes. *Nostra Aetate* insiste en que hay que tener una idea clara de lo que significa “estar unidos”, o vivir en una armonía interreligiosa. Es importante tomar nota de lo anterior, porque existen ideas y enfoques confusos e incorrectos respecto a esa “unión” y a esa vida de armonía interreligiosa. Existe un grave peligro, si varias expresiones religiosas fundamentalmente distintas se consideran igualmente válidas y las religiones se yuxtaponen simplemente, una junto a otra. Lejos de inspirar un respeto mutuo, esta actitud estimula la indiferencia. Decir que una religión es tan buena como otra, anima a no seguir ninguna religión. Contrariamente a esta actitud, *Nostra Aetate* fomenta el respeto que se debe a todo ser humano, sin diluir las diferencias fundamentales entre las religiones. *Nostra Aetate* solicita también a los cristianos que se adhieran a Cristo, «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa, y en quien Dios ha reconciliado todas las cosas consigo (cf. 2Cor 5, 18-19), para que puedan descubrir en las distintas tradiciones religiosas “un rayo de esa Verdad que ilumina a todos los pueblos”, aunque, según la fe de la Iglesia, esas tradiciones religiosas no contienen la expresión completa de la verdad. Por tanto, una actitud sin sentido crítico hacia las otras religiones no contribuye a la causa de la unidad. En su búsqueda de unidad para la familia humana, se exhorta a los católicos a seguir la guía y la orientación que ofrece *Nostra Aetate*, la “magna carta” de las

relaciones interreligiosas.

Otra tendencia, o quizás más bien una tentación, es la de pretender realizar la unidad eligiendo lo mejor de cada religión y creando una especie de “religión a la propia medida”. Hoy día, se proponen religiones como productos de supermercado. Se compra lo que uno desea y se hace una religión según el propio gusto y conveniencia.

En esta era de la globalización, existe una tendencia a subrayar la *praxis*, como cuando se busca una “ética global”. Se eligen únicamente los elementos comunes de las religiones. Esto se vuelve una especie de reduccionismo. Los esfuerzos por realizar un proyecto de “ética global” no son del todo inútiles; sin embargo, habría que tener en cuenta los resultados, no como conclusiones, sino más bien como puntos de partida para un ulterior diálogo.

En fin, los que buscan un camino rápido para la unión de las religiones, con frecuencia procuran crear una nueva religión tomando elementos de todas las demás. De este modo, no sólo tratan de destruir las otras religiones, sino que no crean una nueva porque rechazan la inspiración fundamental que está en el corazón mismo de cada religión.

Un documento del Consejo Mundial de las Iglesias presenta algunos principios-guía para un diálogo auténtico entre las religiones. «El diálogo debe ser un proceso de mutuo enriquecimiento, no una negociación entre partes que tienen intereses y exigencias opuestos. En vez de estar unidas por las obligaciones de las relaciones de poder, las partes en el diálogo deben ser aptas para confluir en una búsqueda común de justicia, paz y acción constructiva, para el bien de todas las personas».

«Con el diálogo, crecemos en la fe. El hecho de comprometernos en el diálogo produce en nosotros, los cristianos, una nueva valoración de la comprensión que tenemos de la tradición bíblica y teológica. En el diálogo afirmamos nuestra esperanza. En medio de todas las divisiones, conflictos y violencias, se confía en la creación de una comunidad humana que viva en la justicia y en la paz. El diálogo no es un fin por sí mismo. Es un medio para construir puentes de respeto y comprensión. En el diálogo alimentamos las relaciones. Establecer vínculos con los que consideramos “los otros” es el objetivo último de todos los diálogos. En el diálogo debemos conocer el contexto».

«El diálogo se realiza en marcos concretos. Es esencial ser conscientes de realidades como la experiencia histórica, los antecedentes económicos y las ideologías políticas. Además, las diferencias de cultura, género, generación y raza, así como la etnicidad, tienen un impacto importante en el tipo y el estilo de la interacción. El intento del diálogo, una vez que se ha tomado seriamente en cuenta el contexto, no consiste en eliminar o evitar las diferencias, sino en establecer la confianza a través de ellas. En el diálogo aspiramos al mutuo respeto. Las partes dialogantes tienen la responsabilidad de escuchar la expresión de la otra creencia. Se establece la confianza, si se permite que la otra parte defina lo que es, absteniéndose del proselitismo, y con la posibilidad de interrogarse mutuamente y, si es oportuno, de expresar una crítica justificada».

«Es importante, en el diálogo, respetar la integridad de las tradiciones religiosas, en la variedad de sus estructuras y organizaciones. Y es igualmente importante reconocer la manera en que los que participan en el diálogo definen la relación que tienen con su propia comunidad. El diálogo es una actividad de cooperación y colaboración. Todos los que en él participan tienen que ser incluidos, desde el principio, en el proceso de planificación. Lo decisivo, en la preparación conjunta del programa, consiste en que

todas las partes reconocen el programa y se comprometen a que funcione».

«En el diálogo tratamos de involucrar a todos, pues el diálogo corre fácilmente el riesgo de transformarse en una actividad elitista, reservada a un cierto estrato de la sociedad. Hay que tener el cuidado de garantizar que el diálogo se realice en distintos niveles, entre grupos diferentes y sobre temas referentes a las vidas de los miembros de todas las secciones de la comunidad».

Frutos y desafíos

El Papa Benedicto XVI, dirigiéndose a los nuevos Embajadores de varios países, dijo: «Nuestro mundo afronta numerosos desafíos que debe superar con éxito para que el hombre prevalezca siempre sobre la técnica, y el justo destino de los pueblos constituya la preocupación primordial de los que han aceptado gestionar los asuntos públicos, no para sí mismos, sino con vistas al bien común. Nuestro corazón no puede estar en paz mientras veamos sufrir a hermanos nuestros por falta de alimento, de trabajo, de vivienda o de otros bienes fundamentales. Para dar una respuesta concreta al llamamiento que nos hacen nuestros hermanos en la humanidad, debemos afrontar el primero de los desafíos: el de la solidaridad entre las generaciones, la solidaridad entre los países y entre los continentes, para una distribución cada vez más equitativa de las riquezas del planeta entre todos los hombres. Es uno de los servicios fundamentales que los hombres de buena voluntad deben prestar a la humanidad. En efecto, la tierra tiene la capacidad de alimentar a todos sus habitantes, a condición de que los países ricos no se queden con lo que pertenece a todos».

La Iglesia católica puede decir con orgullo que, gracias a una atenta determinación, ha realizado su singular “servicio” (*diaconía*) al promover auténticas relaciones interreligiosas para el bien de la humanidad. La importancia de este servicio ha sido comprendida y reconocida por muchas organizaciones de otras religiones, que han mantenido y siguen manteniendo contactos positivos con la Iglesia local y universal. Quisiera darles un ejemplo, a saber, los frutos del diálogo de la Iglesia con los musulmanes en distintas partes del mundo.

En *Nostra Aetate* se afirma que «la Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes». El Concilio había subrayado, de un modo resumido, los valores que se encuentran en el Islam. Habría que señalar algunos rasgos de la enseñanza del Papa Juan Pablo II, que hacen hincapié en la necesidad de estrechar los vínculos espirituales que existen entre el cristianismo y el Islam. Esto es ciertamente importante, ya que un punto de vista político, más que religioso, tiende a dominar en las relaciones. Ha aumentado, decididamente, el compromiso musulmán en el diálogo con los cristianos de distintas denominaciones, y varias veces se han hecho esfuerzos por establecer un diálogo con los judíos.

Aún más, los musulmanes han establecido sus propias estructuras para el diálogo, como el Forum Internacional cuyo presidente es el Jeque al-Azhar, y el Comité permanente de al-Azhar para el Diálogo con las Religiones Monoteístas. Estos organismos han creado comités conjuntos con la Iglesia católica, para fomentar el diálogo entre musulmanes y cristianos. En los últimos años, estos, y otros organismos musulmanes, han organizado encuentros que se celebran con regularidad. La fundación Al Albait, en Jordania, por su parte, ha tenido diálogos separados con los anglicanos, los

ortodoxos, los católicos y los evangélicos alemanes. La Sociedad Islámica Mundial, que tiene su sede central en Trípoli, Libia, ha iniciado una serie de encuentros con nuestro Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso. El Centro para el Diálogo en Teherán, que depende del Consejo para la Cultura Islámica y las Comunicaciones, ha organizado encuentros con la Iglesia ortodoxa de Grecia, con la Iglesia católica y con los protestantes. Un Comité de enlace católico-musulmán está funcionando desde 1995, y reúne cada año a los representantes del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y los representantes de varias organizaciones islámicas internacionales, con el objeto de discutir asuntos de mutuo interés, y para controlar el estado de las relaciones católico-musulmanas en el mundo. Se ha desarrollado también otra forma de diálogo mediante los intercambios universitarios. Teniendo en cuenta sólo las universidades católicas en Roma, se han firmado acuerdos entre la Pontificia Universidad Gregoriana y la Universidad de Ankara, entre la misma Pontificia Universidad Gregoriana, junto con el Pontificio Instituto de Estudios Árabes e Islámicos y la Universidad al-Zaitouna en Túnez. Hace poco se establecieron vínculos entre la Pontificia Universidad de Santo Tomás en Roma y la Facultad de Ciencias Religiosas de al-Azhar.

Entre los esfuerzos para dialogar con los musulmanes, hay que mencionar el Compromiso al diálogo del Consejo Mundial de las Iglesias, del Consejo de las Iglesias del Oriente Medio y de la Conferencia de las Iglesias Europeas que, junto con las Conferencias Episcopales de Europa, cuenta con un comité propio: "Islam en Europa". No hay que olvidar las actividades de organismos interreligiosos como la Conferencia Mundial de las Religiones en favor de la Paz.

En muchos países del mundo hay musulmanes, incluso en los territorios del denominado Occidente cristiano. Hay que tener en cuenta que en los primeros años de la última oleada de migraciones, la religión no era la principal preocupación de los musulmanes. Buscaban trabajo como mano de obra. Ahora, cuando han logrado que sus familias se reúnan con ellos, se han comenzado a sentir las exigencias religiosas. No sólo se buscan lugares temporáneos de oración: se quieren construir mezquitas para la formación religiosa y como centros sociales. Cuando los musulmanes adquieren fuerza, comienzan a hacer solicitudes para las celebraciones rituales de las fiestas; a pedir escuelas propias para enseñar sus propios valores morales y religiosos; y también solicitan cementerios propios, esto quiere decir que ya no piensan regresar a sus países de origen; igualmente, quieren comer carne de animales sacrificados conforme a los preceptos musulmanes (halal), y esto ha llevado a graves conflictos con las autoridades civiles, pues el método que ellos utilizan para sacrificar los animales está estrictamente prohibido por ser muy cruel, etc.

Es interesante observar dos tendencias entre los musulmanes que han emigrado en los últimos tiempos a distintas partes del mundo. La primera considera que el Islam no puede vivir en una situación de minoría. De acuerdo con lo anterior, tratará siempre de dominar, de cambiar 'la casa de la guerra, o de la tregua' en una 'casa de la paz, o del islam'. Pero hay países donde parece que el Islam se adapta a su condición de minoría. Por tanto, lo que se necesita es reconocer el Islam como uno de los componentes de la sociedad. La segunda tendencia consiste en el deseo de conquistar el Occidente cristiano para el Islam. Este deseo está motivado por la convicción de que el Islam es la principal revelación de la verdadera religión, por tanto es la religión para todos. Hay, además, otra convicción: que el comunismo ateo y el capitalismo liberal son ambos un fracaso. El

Occidente cristiano, según los musulmanes, se halla en un estado evidente de degeneración moral. Sólo el Islam, y únicamente él, puede ofrecer la salvación. En este contexto, es necesario advertir que no se deben cometer errores cuando un joven musulmán busca una esposa cristiana y quiere convertirla al Islam. Aunque la esposa siga siendo cristiana, los hijos serán musulmanes. Gracias a las familias numerosas, se garantizará el desarrollo de la comunidad musulmana, que un día constituirá una mayoría. Sin embargo, no hay motivos para ser alarmistas, pensando que todos los musulmanes tienen un proyecto semejante; pero tampoco es prudente ignorarlo.

Las palabras de Juan Pablo II en Kazajstán, poco después de los ataques terroristas en EE.UU., podrían ofrecer una orientación segura a nuestro diálogo con los musulmanes. He aquí lo que dijo: «Deseo reafirmar el respeto de la Iglesia católica por el Islam, por el auténtico Islam: el Islam que ora y se preocupa por los que están necesitados. Recordando los errores del pasado, incluso del pasado más reciente, todos los creyentes deberían unir sus esfuerzos para garantizar que no se tome nunca a Dios como rehén de las ambiciones humanas. El odio, el fanatismo y el terrorismo profanan el nombre de Dios y desfiguran la verdadera imagen del hombre».

Nostra Aetate termina con un párrafo que incluye una franca condena a todas las formas de discriminación. Hay que admitir, desafortunadamente, que este párrafo tiene, todavía hoy, su importancia. La Iglesia responde a este reto promoviendo la dignidad de toda vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural.

Dificultades por superar

Entre las dificultades del diálogo, la primera es la confusión que algunos tienden a hacer entre diálogo y misión de la Iglesia. *Redemptoris Missio*, la Carta Encíclica de Juan Pablo II, explica los parámetros del diálogo, situando en él la misión evangelizadora de la Iglesia. Escribe el Papa: «El diálogo interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Entendido como método y medio para un conocimiento y enriquecimiento recíproco, no está en contraposición con la misión *ad gentes*; es más, tiene vínculos especiales con ella y es una de sus expresiones. En efecto, esta misión tiene como destinatarios a los hombres que no conocen a Cristo y su Evangelio, y que en su gran mayoría pertenecen a otras religiones... A la luz de la economía de la salvación, la Iglesia no ve un contraste entre el anuncio de Cristo y el diálogo interreligioso; sin embargo siente la necesidad de compaginarlos en el ámbito de su misión *ad gentes*. En efecto, conviene que estos dos elementos mantengan su vinculación íntima y, al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser confundidos, ni instrumentalizados, ni tampoco considerados equivalentes, como si fueran intercambiables».

Es necesario que los cristianos estén arraigados en la verdad de la fe cuando se comprometen en el diálogo interreligioso. Pero tienen que ser, al mismo tiempo, respetuosos de las tradiciones religiosas de los otros. Estar arraigados en la verdad de la propia fe sin una apertura respetuosa hacia los demás los podría llevar al fundamentalismo, así como permanecer abiertos hacia los otros sin estar arraigados en la fe podría volverlos relativistas y sincretistas. Según el Papa Benedicto XVI, sólo cuando los cristianos están profundamente arraigados en su propia fe, son capaces de abrirse a las personas de otras religiones y de participar en un diálogo interreligioso provechoso. En su homilía como Decano del Colegio Cardenalicio, dijo: «¡Cuántos vientos de doctrina

hemos conocido durante estos últimos decenios! ¡Cuántas corrientes ideológicas! ¡Cuántas modas de pensamiento! La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo a otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc... A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse ‘llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina’, parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos».

Las dificultades para el diálogo nacen también del problema del lenguaje. Es importante comprender lo que nuestros interlocutores están diciendo o tratando de decir, y lo que no dicen. Es importante, en el diálogo, llegar a una adecuada comprensión de la cultura religiosa de nuestro interlocutor. Un amigo católico que estaba comprometido en el diálogo con los budistas me relató el siguiente ejemplo: “Una monja budista fue invitada a hablar a un grupo de católicos sobre la relación entre la meditación y la compasión en el budismo. Más tarde la monja se quejó de que los católicos habían aprendido poco sobre el budismo, esa tarde, porque se habían empeñado en decirle que su práctica de la compasión era inspirada por el Espíritu Santo. La monja sabía muy bien que los cristianos y los budistas tienen sus propias maneras de expresarse acerca de lo que los católicos llaman “la dinámica de la vida espiritual”. En este caso surgió un problema de comprensión debido a la interpretación teológica, *a priori*, por parte de los católicos, del budismo. La monja budista estaba tratando de hablar de la compasión (*karuna*) en la práctica *Bodhisattva* y sus implicaciones para la meditación. Desafortunadamente, los católicos no “captaron”, según la monja, pues estaban muy ansiosos de explicar lo que ella había dicho en los términos que correspondían a su propia práctica de la teología de las religiones”. Mi amigo católico se preguntaba: “¿hasta qué punto nuestra teología de las religiones influye en nuestro modo de escuchar a nuestros interlocutores en el diálogo, para que no comprendamos lo que ellos dicen en sus propios términos?”.

El diálogo será imposible, o por lo menos extremadamente difícil, si las mentes están cerradas. Si estoy convencido de que sólo yo tengo la verdad, y la otra persona está en el error, no puede existir un encuentro de opiniones. Esa mentalidad tan cerrada debe ser superada. Esto no quiere decir que tengo que abandonar mis propias convicciones. El cristiano cree que la plenitud de la revelación le ha sido dada en Jesucristo, pero esto no excluye la presencia de “rayos de la Verdad”, o de lo que los primeros Padres de la Iglesia llamaron “semillas de la Palabra”, en otras religiones. La Iglesia reconoce que hay semillas de la Palabra por descubrir en las otras tradiciones religiosas. Y reconoce, igualmente, que “la acción del Espíritu Santo” puede acompañar, no sólo a un individuo de otra religión, sino también su tradición religiosa (*Gaudium et Spes*, 22 y *Dominum et vivificantem* [1986]). El Papa Juan Pablo II dijo en una de sus audiencias generales del miércoles: «Hay que tener en cuenta, ante todo, que toda búsqueda del espíritu humano, de verdad y bondad y, en último análisis, de Dios, está inspirada por el Espíritu Santo. Las distintas religiones surgieron, precisamente, de esta apertura humana primordial a Dios. En sus orígenes, encontramos con frecuencia fundadores que, con la ayuda del Espíritu de Dios, realizaron una profunda experiencia religiosa. Transmitida a otros, esta

experiencia adquirió forma con las doctrinas, ritos y preceptos de las distintas religiones».

La presencia de otras tradiciones religiosas en las tierras del Occidente produce angustia en muchas familias tradicionales cristianas cuando se celebran matrimonios por encima de las fronteras religiosas. La Iglesia no puede dejar de interesarse por los problemas que pueden causar los matrimonios mixtos; los pastores de la Iglesia tienen razón de preocuparse, ya que esos matrimonios plantean un gran número de problemas. A veces se tiene la impresión de que el problema consiste en obtener, o no, la dispensa, mientras, de hecho, son otros. ¿Habrá que tratar de impedir los matrimonios mixtos, advirtiendo a los jóvenes las dificultades que pueden surgir? ¿Qué clase de preparación se puede dar a las parejas mixtas? ¿Cómo será posible mantener el contacto con el cónyuge cristiano, incluso – o especialmente – cuando el matrimonio se celebra únicamente ante las autoridades civiles? Las Iglesias que están en Europa han prestado gran atención al asunto, y existen varios documentos para ayudar a los ministros (p. ej., SRI, de la Conferencia Episcopal Francesa, publicado en 1983 y revisado en 1995; el documento realizado por el comité ecuménico “Islam en Europa”, y el documento conjunto de la Oficina para las Relaciones Interreligiosas del Consejo Mundial de las Iglesias y el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, de 1997).

Con el creciente miedo al terrorismo, que se ha expandido y está en plena actividad en redes globales en todo el mundo, los Gobiernos de distintos países han puesto gran interés en la promoción del diálogo interreligioso. Su principal objetivo, en estas iniciativas, es la seguridad del Estado. Hay que ser conscientes de que puede haber una serie de diferencias entre el llamamiento de la Iglesia a fomentar el diálogo interreligioso y la armonía religiosa promovida por los gobiernos, con frecuencia bajo el control del Estado. No es suficiente ejercer un control de las personas a través de la legislación; es necesario, en cambio, promover entre los creyentes de distintas religiones el arte de vivir unos junto a otros en una misma sociedad. La religión no es un asunto únicamente privado; es, inevitablemente, también una realidad pública. No hay que permitir nunca que la religión sea instrumentalizada en favor de intereses creados.

Existe una galaxia de sectas y de nuevos movimientos religiosos que se han difundido en todo el mundo y que no se deberían identificar rápidamente con ninguna religión. Las sectas son, con frecuencia, el resultado de una interpretación confusa, por parte de sus miembros, de algunas religiones tradicionales; por eso las sectas presentan dificultades para un auténtico diálogo interreligioso. Quisiera mencionar solamente algunas de ellas: Organización de Sri Sathya Sai Baba, Sri Chinmoy, Hare Krishna, Brahma Kumari, Sahaja Yoga, Osho Rajneesh, Ananda Marga Pracharaka Sangha, Soka Gakkai, Sukyo Mahikari, etc. Otras sectas extendidas en el mundo son: Church of Scientology, Unification Church (Moon), los Testigos de Jehová, y también muchos grupos vinculados al satanismo y al ocultismo, así como otros que practican ritos maléficos que destruyen la vida humana. En el mundo postmoderno ha surgido también el fenómeno New Age, con distintas manifestaciones, muy numerosas. El fenómeno penetra en las culturas, que le sirven de mercado y de vehículo. Las expresiones de New Age cambian constantemente; por eso es difícil darle una definición. New Age es una forma de gnosis que incluye distintas percepciones espirituales y métodos tomados eclécticamente de las religiones tradicionales y de antiguas prácticas médicas. Combinándolos con enfoques científicos y pseudocientíficos curativos, se busca una auténtica transformación de la conciencia mediante técnicas precisas. A menudo, en el

centro de la perspectiva del mundo de New Age existe una falsa oposición entre espiritualidad y religión.

En fin, la lista de las dificultades por superar en el diálogo interreligioso no puede ser completa, si no mencionamos el indiferentismo reinante que, tristemente, se encuentra también entre los cristianos. El problema del indiferentismo está relacionado estrechamente también con la cultura, y Europa ha pasado por varias fases culturales, de aquella clásica (centrada en la voluntad, la virtud y en obrar el bien), a la moderna (centrada en el intelecto, la razón y el orden), y luego a la postmoderna (con la aparición de la publicidad, la radio, la televisión, y centrada en la experiencia, los sentimientos y la imaginación). Ha habido, pues, ‘cambios’, en los ‘controles del significado’. Mientras la cultura clásica se remitía a Dios, y la cultura moderna al hombre, la postmoderna se remite a uno mismo. Las fuentes de autoridad ya no son externas y objetivas, sino personales y subjetivas. La verdad es ‘lo que se hace de ella’ y esto lleva al relativismo moral del que el Papa Benedicto pone en guardia. Europa occidental, olvidándose siempre más de su herencia cristiana, es la casa común de muchas gentes de distintas creencias y de otros que no creen. Su cultura clásica se ha recubierto con la modernidad, y esa modernidad se ha recubierto y teñido con la postmodernidad, mientras, especialmente en el Norte de Europa, las oleadas de inmigración extranjera han puesto un supermercado de religiones del mundo en la puerta de cada casa. Este ‘modelo’ ha creado un sentimiento de indiferentismo. Como resultado de todo esto, la causa del diálogo interreligioso auténtico ha sufrido mucho.

Conclusión

Más que nunca, los cristianos, en muchas partes del mundo, viven en sociedades caracterizadas por la tensión y el conflicto entre las comunidades de creyentes y en el interior de ellas, por la desconfianza extendida y el miedo, y por un clima de impotencia y resignación. La Iglesia ha animado a los cristianos a vivir la fe construyendo puentes de amistad entre las fronteras religiosas. Así, al invitar a las personas de las distintas religiones a cooperar en todos los niveles de la sociedad, desde el ámbito local hasta el internacional, los cristianos pueden dar testimonio de los valores del Reino de Dios que predicó Jesucristo, Señor y Salvador de todos.

Las relaciones que superan las fronteras religiosas deben ser cultivadas, especialmente en los momentos favorables. No podemos esperar que las crisis nos encuentren desprevenidos. Vivir la verdad de la fe cristiana en un mundo pluralista desde el punto de vista religioso es un desafío que la Iglesia ha aceptado de modo digno de elogio. Con el testimonio de la esperanza en un ambiente ecuménico e interreligioso, ustedes, como protagonistas activos y comprometidos en el Apostolado del Mar, tienen que dar una aportación indispensable en el corazón mismo de la Iglesia.